

La senda de la piedra. Monografía N° 2. Apéndice

Cuando se publicó la monografía intenté hacer con ella un llamamiento a la curiosidad, tratando entre todos de buscar nuevas piedras singulares, que hubiesen sido omitidas en el trabajo, pero esta vez no ha habido respuesta, no he recibido ninguna aportación, mejor dicho solo una, es por ello que máquina de fotos al cuello, he intentado cubrir algún hueco, que deliberadamente había dejado para otros exploradores, como es el caso del molino, y a la vez, he intentado incluir otros, que aunque vistos con anterioridad poco me decían y como siempre alguna sorpresa.

Dada la dificultad de editar estas tres hojas

1. El molino

El molino es un edificio singular por muchos motivos y cuenta en su vida con una buena columna de años, difícil de fijar, aunque si sabemos que estaba operativo hacia la mitad del siglo XVIII.

Un vestigio casi vivo de una industria ya pasada, que durante mucho tiempo permitió moler e incluso serrar, pero no acaban aquí sus andanzas, pues desde su incierto y desconocido origen, a sido transformado y reconstruido una y otra vez, de manera que su actual estampa pertenece únicamente a la segunda mitad del XX, donde las sucesivas ampliaciones han conformado su estética, pero para todo este proceso se necesita piedra y como ya hemos visto a lo largo de toda la monografía, estas, "por iniciativa propia", tienden a colocarse y recolocarse, una y otra vez, para conformar estructuras y no se iba a escapar el molino de esta aventura.

En una piedra esquinera (esquina izquierda fachada principal) encontramos una cruz, que ya nos resulta una vieja conocida, es como de la familia, por haberla visto en otros muchos sitios dentro de la Aldea. Pero, ¡vaya!, está colocada boca a bajo, ¿Un ritual maligno? No, nada de eso, una simple piedra de otra procedencia, que el cantero, o mejor dicho el constructor de turno, colocó de forma descuidada. Nada nuevo ni extraño, ni mucho menos un fenómeno paranormal, simplemente la vieja costumbre de reutilizar materiales. Cuantas y

solas, he optado por incluirlas dentro de la revista, de manera que el que quiera pueda cortarlas y añadirlas a la monografía o simplemente dejarlas aquí. Para puristas, dejaré un pdf en la web para que puedan descargarlo, imprimirlo y encuadernarlo junto con el resto de la monografía.

Espero que este apéndice a la monografía sea el último que haya que publicar, pero como gato escaldado, no seré yo quien lo afirme con rotundidad, no vaya a ser que dentro de unos meses tenga que volver a sacar la maquineta.

cuantas piedras contendrá el molino, que no son originales de su primera construcción.

¿De donde vino esta piedra? Esta es siempre la pregunta del millón. Es imposible determinar, pero lo que si conocemos, es que aguas arriba de este molino, existió otro al parecer más primitivo y del que no queda ni una piedra en el hueco de su ubicación, con lo que no resulta imposible que se bajasen los materiales al nuevo emplazamiento.



2. La cañada

Una ruina en la cañada (M30), frente a "la perrera" de Paquito, nos deja ver una piedra con marcas en forma de "V". ¿Curiosa y nada más? Pues juzgar vosotros mismos, porque a mi unas veces me parecen simples marcas dejadas por el surco del cincel, y otras, en que la imaginación me desborda, veo talladas hojas de palma. No se si la piedra y su dibujo encierran alguna intencionalidad, pero si es así, se me escapa.



3. Reloj de sol



Es el único reloj de sol de toda la Aldea, un elemento que echaba en falta, pues resultaba fundamental antes de que

la tecnología aportase los relojes mecánicos. El error estaba en mi terquedad, al intentar localizarlo solo en la Iglesia, Marcelo me sacó de mi error, ¡estaba en su casa!, hombre, eso se avisa antes. Aunque pensándolo bien es lógico que esté en esta casa, la orientación de la fachada principal se presta a ello y es suficientemente antigua (catalogada como casa carretera). Está ubicada frente a la fuente nueva, en el que fue el antiguo barrio de San Pelayo, que así se llamaba esa parte del pueblo.

Para sacar la foto tuve que retirar la copa de la conífera que lo tapa, como veis la tarea de buscar piedras no es fácil, ¡Los vecinos las esconden!

A la piedra le falta el palo, que no sería difícil colocar con lo que ganaría, al menos "en funcionalidad", las marcas que aparecen no son profundas, probablemente la piedra ha acusado el paso del tiempo, lo cual también da idea de su antigüedad. No se aprecian marcas de números para las horas.





**Hospital Clínico Veterinario
Virgen de las Nieves, S.L.**
Dirección: José Gonzalez Nicolás Chicote
Tel: 610 528 542



**Vereda de Santa Catalina, 75
Fuente el Saz de Jarama
28140 Madrid**

4. Escudo casa carretera (casona)



La casa carretera más antigua que se conserva, parecía contener un escudo situado en la piedra

central de entrada, aunque su visibilidad era escasa debido por un lado al desgaste de la piedra y por otro a las numerosas capas de cal que ha ido acumulando.

Aprovechando unos días de vacaciones, en los que Felipe se hallaba entretenidillo, cambiando vigas y retejando la casona a fin de no aburrirse, aproveché para "colaborar en tan magna obra", solo que en vez de subir y bajar tejas o maderos, me dediqué a limpiar con suavidad, un poco el escudo, tarea que se me hacía más llevadera y de resultados de la cual, esto es lo que se aprecia, una especie de án-

cora, o tal vez mejor una flor de lis. En la página 19 de la monografía, hay un conjunto de representaciones de esta flor, no os resultará difícil encontrar la más afín a este escudo.



5. Casa de "la Patro"



Desde luego Raquel, toda la vida viviendo aquí y tiene que venir un miope, de fuera, a descubrir este "adorno", con el que se remata y consagra

la fecha de construcción del antiguo cocedero, 1945. No se si la casa es de esa fecha, pero la piedra sí.



Víctor J. Campo

ALDEA DEL PINAR. HISTORIA Y LEYENDA (2ª PARTE)

La tregua que existía entre los Reyes Católicos y el Rey Moro de Granada fue rota por éste al atacar en diciembre de 1481, la ciudad cristiana de Zahara, villa enriscada con una fortaleza en la cumbre. Los musulmanes mataron a muchos de sus habitantes y llevaron numerosos cautivos a Ronda, “atrahillados”, según las viejas crónicas, es decir atados con correas.

Ese fue el inicio de la Guerra de Granada, que duraría 11 largos años, y en la que los carreteros fueron actores importantes en los transportes pesados. Se movilizaron 5.000 carretas de bueyes y entre ellos participaron carreteros de Aldea del Pinar, Navas y Hontoria.

Los carreteros llegaban con sus carretas a las zonas de guerra y plazas sitiadas, ya que transportaban todos los pertrechos de artillería, municiones y granos. En la llamada tierra extrema, donde se temían posibles celadas y ataques enemigos, las carretas iban escoltadas por lanceros de caballería y tro-



pas a pie. Con ocasión de emboscadas, los carreteros participaron, con frecuencia, en combates, con hachas y espadas, como héroes anónimos.

En el siglo XVI la mayoría de los hombres de La Aldea continuaron con sus tareas de carreteros y aperadores (en la construcción y reparación de carretas) realizando transportes por la geografía española. Las mercancías transportadas eran variadas: madera, carbón vegetal, sal y otras. También fueron importantes los viajes realizados durante la construcción del Monasterio del Escorial. En el Semanario Económico, publicado el 12 de marzo de 1767 (1) se pondera la labor de las carretas de bueyes con el texto siguiente:

“...la primicia de la labor de los campos se la llevan los bueyes, por ser más forzudos que los demás animales... y por acreditarse sus grandes fuerzas en aquel suntuoso y magnífico edificio que está haciendo el Rey Don Felipe, nuestro Señor, en donde para traer los materiales, andan más de 400 con sus carros herrados y lleva ocho o diez pares (de bueyes) o más, una piedra que pesa 200 arrobas por lo menos y el carro casi lo mismo y la suben al edificio que llaman San Lorenzo que está encima de El Escorial”.

La tradición cuenta que al entrar en Madrid, los carreteros castellanos, solían reunirse en una fuente próxima a la ciudad de la Corte, llamada “Fuente de La Castellana”.

En los siglos XVII y XVIII es cuando Aldea del Pinar adquirió mayor importancia y riqueza.

En el siglo XVII se construyó la iglesia parroquial que se yergue sobre los tejados rojizos de las casas. Su obra se terminó en el año 1663, como figura con inscripción cincelada en una de las altas piedras de una amplia bóveda. Su arquitectura es esbelta, con torre campanario y una portada en piedra de la Virgen. El retablo mayor es clasicista.

La parroquia guarda en sus archivos viejos secretos de antiguas cofradías. En varios folios apergaminados, figuran las reglas de la Cofradía de Jesús, escritas en el siglo XVII, el 30 de enero de 1696, y cuyas normas se han respetado tradicionalmente. Existe otra Cofradía, llamada de la Vera Cruz y cuyos primeros testimonios documentales se han perdido, ya que los datos encontrados son muy posteriores, de 1906, aunque debe ser tan antigua como la anterior. Es curioso como los hombres cabales de La Aldea rememoran las costumbres y usos de la Cofradía de la Vera Cruz en Semana Santa, honrando así sus viejas tradiciones.

Hombres jóvenes de Aldea del Pinar formaron parte de la guerrilla de Jerónimo Merino, “El Cura Merino” y participaron con arrojo y valor en numerosos combates durante la Guerra de la Independencia (1808 a 1814). Posiblemente se alistaron también como guerrilleros de Juan Martín Díaz, “El Empecinado”.

El hecho de que Aldea del Pinar estuviese enclavada en el camino de diligencias Burgos Soria

(coincidiendo con el llamado Camino Soriano) y con el mismo trazado que una ruta medieval antigua, fue lugar de tránsito de frecuentes desplazamientos. Al avanzar por él un correo francés y escolta, el día 6 de enero de 1809 (2) fue asaltado, posiblemente en las proximidades de Aldea del Pinar, por una partida de guerrilleros del Empecinado y donde fueron apresados los componentes del convoy francés. Un guerrillero herido, de apellido Armendáriz, natural de Olite (Navarra) fue conducido a Navas del Pinar (3) donde falleció el 11 de febrero.

En la segunda Guerra Carlista, los pinares y roquedales de Aldea del Pinar se vieron agitados por un cruento combate. De acuerdo con la tradición oral, que narra Felipe Rupérez, transmitido por sus antepasados, los soldados gubernamentales



habían ocupado el pueblo, controlando el camino de diligencias Burgos-Soria, aprovisionándose sobre el terreno sin compensar a las buenas gentes de La Aldea. Los carlistas estaban situados en torno a las “tenadas” y el alto de Las Pasadas,

con centinelas ocultos en las laderas para espiar los movimientos de las tropas isabelinas, mayores en número (el pequeño valle dominado por esas alturas se llama, desde entonces, Vallejo del Espía).

Los carlistas fueron traicionados, posiblemente por un desertor que esperaba recompensa, revelando a las tropas acantonadas en La Aldea cuáles eran las posiciones carlistas. Los isabelinos iniciaron una maniobra estratégica, estrechando un cerco, avanzando primero por San Ciprián y Valle de los Cabrios, desbordando las tropas carlistas por el norte y comenzando el combate por el lado opuesto. Los carlistas resistieron el ataque a la bayoneta, ordenando después la retirada, abriéndose paso por las alturas de Peña el Gato y quedando un herido, junto a una roca que se yergue entre arbolado y profusa vegetación, escondido con la ayuda de su hermano. Por la noche, y a la tenue luz de la luna rescataron al herido trasladándole a Rabanera del Pinar, donde restañó sus heridas.

Las gentes de Aldea del Pinar son acogedoras, hombres y mujeres cabales que quieren entrañablemente a su pueblo. Las personas de más edad

rememoran anécdotas narradas por sus mayores en las largas noches de invierno, junto al fuego del ho-



gar. Entre ellas hablan de los bandidos capitaneados por el tío Rocón que contaba con cinco hombres armados. Los integrantes de la banda se refugiaban en el pueblo en un bloque de siete casonas comunicadas entre sí por la parte alta y con fácil huida hacia el monte. En Hontoria habitaban esporádicamente en el chozo de Costalago o en la gruta de Matalacueva, en la Sierra. Eran temidos en los pueblos de pinares por sus represalias si no se les facilitaban las provisiones que exigían. Fueron abatidos por la Guardia Civil en el valle de Costalago.

Quedan aún muchos retazos de la historia de Aldea del Pinar por descubrir, y este breve resumen trata de impulsar las investigaciones que arrojen más luz sobre el pasado de este pueblo, para mí entrañable.

En la actualidad, es preciso rendir homenaje a las personas que participan en la Asociación Cultural La Veceda y cuyas iniciativas, como la de reconstruir su historia y tradiciones, entre otras, están transmitiendo vitalidad, entusiasmo y esperanza a este pueblo: Aldea del Pinar.

1) *Semanario Económico*. 12 de marzo de 1767. De agricultura. N.11. página 81.

2) *Girbal Hernández, F. Juan Martín. El Empecinado*. Ediciones Lira. Madrid 1985. Página 185.

3) *Archivo Parroquial de Navas del Pinar. Libro de Finados*. Folios del año 1809.

4) *Pascual Madoz. Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Toma IX. Madrid 1850*.

José María Álvarez de Eulate Peñaranda

